

lo ha perdido todo, todo lo ha profanado; pero espera en tu bondad infinita. Haz que las palabras de paz y de consuelo penetren hasta lo íntimo de su corazón, y que su alma abatida se consuele con tan dulce esperanza. Habla pues, piadoso Dios, á este pecador miserable: con una palabra tuya va á recobrar la vida: dile que ya no podrás ver sus pecados, porque vas á destruirlos; y él te pide que no dejes de sus iniquidades mas que la gloria de haberlas perdonado, y su dolor por haberlas cometido.

Entonces el padre se puso en pié: yo alzo los ojos para ver lo que hace, y veo que está con los brazos levantados, y que con la vista clavada en Jesucristo me dice: Preparaos, señor. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma; yo voy á rociarla con la sangre de nuestro Redentor, y Dios va á perdonaros y reconocer por su hijo. Yo me postro en tierra, junto con el polvo mi culpada frente, y anegado en mi llanto oigo que el padre sentado pronuncia las palabras sagradas de la absolucion. ¡O Dios! ¡quién pudiera explicar lo que pasaba entonces en mi corazón! ¡quién pudiera expresar el inefable consuelo que experimenté entonces, sobre todo cuando despues de haberlas acabado me dijo: Yo espero en Dios que estais en su gracia: id en paz, y no pequeis mas!

Teodoro, ¡qué revolucion tan repentina expe-

rimenté en todas mis facultades interiores! ¡Cómo me sentí súbitamente libre de las inquietudes y temores que emponzoñaban hasta los momentos de mi arrepentimiento y esperanzas! Yo me sentia como un hombre que despues de estar largo tiempo bajo de las ruinas de un edificio desplomado, se le saca de repente del medio de las pesadas masas que tenian sus órganos oprimidos, que queda atónito y como fuera de sí, que le parece ver por la primera vez todo lo que se presenta á su vista; su cabeza está mal segura, su respiracion entrecortada, recela que algun órgano se le haya comprimido, respira con pena y con temor; hasta que dando un profundo suspiro reconoce con alegría que su interior está sano, que sus entrañas han recobrado el movimiento, y que el aire, este elemento saludable, vuelve á circular en ellas con desembarazo. Lo mismo le pareció á mi alma cuando volvió á entrar en el adorable y dichoso seno de su Dios; creía respirar su aire nativo, entrar en el regazo paterno, volver al mismo de que salió, y donde el que vive no muere jamas.

En este estado de embriaguez divina yo permanecía postrado en tierra, y como sumergido en el gozo de mi felicidad. No sé cuánto tiempo este profundo sentimiento, que absorbía todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en esta situacion extática de adoracion, si la mano del

siervo de Dios no me hubiera prestado la fuerza que me faltaba para levantarme. Me hizo sentar á su lado, y me pareció que este ángel del cielo entraba entónces en una especie de éxtasis divino. Yo ví brillar en su agradable semblante los rayos de una luz celeste y plácida alegría. Una especie de sonrisa dulce y amorosa animaba su rostro venerable, y sus ojos fijos sobre los míos me mostraban un halago tan blando y religioso, que llenaban mi corazón de ternura.

¡O señor! me dijo, yo saludo, admiro y venero en vos las altas misericordias del Excelso, y lo que es mas augusto y respetable en la tierra, un justo, un predestinado, un escogido. ¡Dichosos los corazones que saben conservar los bienes que acabais de recibir en un instante! El vuestro, confío, es ya santuario de la gloria y de la luz de Dios. Ya su vida divina circula en vuestra alma: ya vuestro espíritu resplandece con las brillantes luces de sus esplendores. No hay en el universo nada que pueda compararse á la excelencia del nuevo ser que acabais de recibir, ni á la grandeza del inmortal destino que os aguarda.

¡Qué inagotable manantial de consuelos se os ha preparado en este dia, aun para el curso de esta vida deleznable! ¡Cómo vuestro corazón palpitará de gozo cuando se acuerde que despues de haber sido tanto tiempo extranjero en la casa de Dios, despues de haber perdido tantos años

todas las esperanzas de nuestra adopcion en Jesucristo, ya sois por su bondad conciudadano de los santos, hermano y compañero de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, descendiente de los patriarcas y profetas, piedra inmortal y viva del edificio fabricado sobre el cimiento de los apóstoles y mártires, y uno de los trofeos que serán eternamente erigidos en medio de la ciudad de Dios en gloria del Corde-ro que nos rescató con su sangre, y que allí se ven juntos de toda tribu, de toda lengua y de toda nacion!

Estas y otras palabras de esta especie, pronunciadas con todo el calor de un entusiasmo celestial, penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, le inflamaban con un ardor divino, y me le llenaban de fuerza, elevacion y energía. Todo me parecia sublime y sólido, todo lleno de sustancia y verdad. Nos volvimos á poner de rodillas para dar á Dios gracias de tan inmenso beneficio. Despues me condujo á mi aposento, pero no se fué.

Sentados otra vez, renovó los mismos y otros nuevos discursos para hacerme sentir las inapreciables ventajas de mi nuevo estado, y arraigarme en el amor y práctica de la virtud. Sobre todo insistia en darme una idea clara de la grandeza del alma que vuelve á entrar en la gracia de Dios, y me decia: Señor, la mayor parte de los

hombres no considera, como debe, el beneficio del perdón que se nos concede en el tribunal de la Penitencia; no concibe otra cosa que una gracia que nos libra de nuestros pecados, lavándonos de las manchas con que nos afearon nuestras pasiones y delitos. Con ideas tan imperfectas de este gran misterio de misericordia, el penitente apenas podrá dar las debidas gracias á su Dios.

Pero debemos saber que la purificacion de las conciencias no es el único y último efecto de este gran sacramento, que bendice nuestras lágrimas y arrepentimiento. Sin duda que es grande beneficio librarnos del castigo eterno preparado á los que mueren en la impenitencia; pero cuánto mas se elevará su corazón, si se detiene á considerar la dignidad y la excelencia de una alma capaz de llevar sobre sí el peso inmenso de la gloria de Dios, y de ser participante de sus dichas inmortales? Nada de lo que es criado puede de repente elevarse hasta la altura de lo infinito. Y si el sacramento no hiciera mas que borrar las manchas de nuestros delitos, con eso solo no agrandaria la esfera de nuestro ser, ni pudiera revestirnos de la fuerza necesaria para remontarnos sobre los límites de nuestra naturaleza.

Para vencer pues la desproporcion que sujeta todas las criaturas á sus confines limitados, y que las tiene tan distantes de este Dios infinito, cuyo trono está situado en las alturas de una luz

inaccesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su mortal constitucion, que aumente el precio de su existencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios, y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en sí mismas; pues en las facultades que le son propias, todo es pobre, débil y caduco. Es menester pues que un rasgo del infinito las prepare para que puedan alcanzar su vista y posesion, que un rayo de la Divinidad resida en ellas de antemano para que puedan adquirir la eternidad y la gloria de Dios.

El que quiera entender bien la economía de la Religion y de la gracia, debe verla en su verdadero punto de vista, y comprender que el alto designio de la sabiduría soberana ha sido poner en el hombre todo lo que su flaqueza puede comportar de la grandeza y perfecciones infinitas de su Criador, haciéndole en cierta manera parecido ó semejante á Dios. Esta es la única y verdadera llave que nos puede dar la inteligencia de todas las obscuridades incomprensibles que constriñen á la razon humana, la sola luz que nos puede hacer entender el principio de todas las cosas, y el último fin de todas las criaturas.

Este designio tan grande y tan sublime en sí mismo es tambien el mas ventajoso para el hombre. ¿Y cómo le ejecutó la mente soberana? El

mas sublime de los evangelistas nos lo ha revelado, explicándonos con pocas palabras el misterio mas alto y mas oculto de los consejos divinos. El Verbo que existía al principio, y por quien todo ha sido hecho, se hizo carne tomando la naturaleza humana en la unidad de su persona y de su grandeza infinita. El mundo pues vió en un hombre la gloria del Hijo único del Padre, admiró un hombre en quien residía la virtud y la excelencia de Dios, un hombre lleno de su fuerza y de su virtud eterna; *y nosotros todos recibimos de su plenitud.* Ved aquí, señor, lo que podemos llamar el centro y corazon del designio y órden de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la Religion, y en la conducta de todos los sucesos de la tierra.

Por estos principios debeis conocer que el carácter de la gracia habitual que recibimos por Jesucristo, es comunicarnos en cuanto somos capaces, su consubstancialidad y su igualdad con el ser infinito, y establecer entre el Hombre Dios y los cristianos que su gracia ha purificado, una union, ó para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesucristo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos transformamos á los ojos de su Padre como en otros tantos Cristos del Dios vivo. El Padre reconoce en noso-

tros las imágenes de su gloria, y nos ve en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne.

Desde entónces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Cuando no quedara en el mundo mas que un hombre solo, si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza evangélica, su existencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un objeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abismo de su propia inmensidad.

¿Qué mortal se hubiera atrevido jamas á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¿Quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesucristo todos los dones que ha traído á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia, si el mismo Hombre Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre celestial con tanta claridad, que no puede dejar de conocerlo el corazon mas endurecido?

Jesucristo nos ha dicho en los términos mas claros y positivos, que por él y en virtud del parentesco que contrajo en su Encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la sociedad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios ántes de la creacion del mundo;

que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles; que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne, y huesos de sus huesos.

Nos ha dicho también, que si no nos separáramos de él, todo lo suyo nos pertenece; que gozaremos con él la propiedad y posesion de todos los tesoros que contiene el divino esplendor con que nació antes de la aurora; que él es la incorruptible vid en que estamos ingeridos por un modo inefable; que comunicamos con él íntimamente y sin interrupcion, como las ramas comunican con el tronco vivo á que estan unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas enérgica?

Despues de esto es fácil concebir la grande estimacion que hace el Hombre Dios de los que reciben su palabra, y no se debe extrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable, y de que no hay ejemplo en la tierra. ¡Qué sentido tan profundo! ¡qué amor tan expresivo se manifiesta en el language que le inspira! ba su tierno corazón, cuando queria consolar á sus discipulos de las tribulaciones que les harian sufrir sus enemigos!

¡Con qué amoroso estilo les decia: Amada grey que el Padre ha querido confiar á mi vigilancia, no temas la contradiccion de las criaturas,

ni la malignidad de los inicuos; porque este gran Dios que os conoce y os ama, tiene su mas dulce complacencia en prepararos tronos en que juzgaréis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os dejeis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos: el que cree en mí, es indestructible, no puede morir, y vos viviréis como yo vivo. En el gran dia de la manifestacion de mi gloria, conoceréis este grande misterio de unidad; eutónces veréis como *yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros* (1).

Confesemos, señor, en gloria del que derrama sobre nosotros tan asombrosas bendiciones, que el corazón humano no tiene bastante fuerza para sosteær la impresion que produce en él un discurso de un Dios que se digna de hablar así á los hombres. El mas justo tiene necesidad de distraerse, pues si pensara siempre en tanta dignacion, muriera de ternura y alegría. Desgraciadas las almas duras que no se enternecen con afectos tan dulces! Es imposible conducir las á la verdad por la via del sentimiento: los tales tienen unos corazones empedernidos, y no son dignos de una Religion que no puede fructificar sino en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas; pues nuestra Religion es por su esencia toda amor y caridad.

(1) 1. Joann. xiv. 16. xvii. 21.

Nada exageraba yo cuando os decia que el carácter de la justificacion evangélica era transformar nuestra flaqueza en la fuerza de Dios, y como ingerirnos sobre su inmortal substancia. Los primeros apóstoles de la doctrina de Jesucristo se han explicado en los mismos términos que su divino Maestro, cuando hablaron del alto punto de grandeza á que la gracia nos eleva. San Pedro llama á esta preciosa gracia un gran don que nos asocia á la gloria de Dios, que nos da parte en su suerte inmutable y nos comunica su naturaleza.

San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre Dios, que nos apropia todos sus triunfos, y ya nos ve resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion celeste: esto es, que por derecho, y en virtud de los misterios que ya se han cumplido en el que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y estan en posesion de sus mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta, del estado sobrenatural y divino á que nos eleva la justificacion cristiana. Ella nos pone en

una clase superior á toda grandeza. Nada puede compararse al alma que está en ella; así esta gracia del Salvador que habita en nosotros, debe ser un rasgo, una vislumbre, una participacion de esta gran claridad de Dios de que habla Jesucristo, y que dice haber poseido en la esencia divina ántes de que el mundo saliese de la nada.

Esta comunicacion del ser de Dios y su divina luz con el alma que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor, es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el órgano sagrado que la une. El solo es el lazo estrecho de este comercio incomprendible por una residencia íntima y verdadera en el fondo de nuestra alma. *La caridad de Dios*, decia el Apóstol á los fieles de su Iglesia cuando la fundaba, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado.*

El mismo Jesucristo nos ha presentado con colores no ménos expresivos este glorioso é inestimable carácter de nuestra adopcion eterna. El habia anunciado ya el descenso del Espíritu Santo, como el sello y corona de sus promesas, como el advenimiento de su inseparable y natural cooperador en la alta empresa de la reconciliacion del mundo; y nos habia dicho, que este gran Consolador de los hombres, el mismo que está en la altura de la inmensidad de gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendria y se.

ria el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitaria en ellos con una acción y presencia verdadera: lo que debe entenderse en el sentido natural de esta palabra.

Pesad, señor, reflexionad con atención la fuerza y energía de este discurso del Salvador, cuando dice que se quedará para siempre con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo, esto es, el que vive según los sentidos, no puede recibir, por que no le conoce; pero vosotros le conoceréis, pues él mismo habitará y reposará en vosotros.

Empezais ya á divisar, señor, la supereminente dignidad de que acabais de veros revestido, y el motivo por que después de haber pronunciado sobre vos las santas palabras de la absolucion, que sacan al pecador de sus cadenas, y le hacen pasar á la clase de los escogidos, os contemplaba con admiracion, como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Sí, señor: yo veia en vos un vaso de misericordia; veia que en vos se obra un estupendo milagro, y que Dios derramaba todos sus tesoros en vuestro corazon. No hay respeto que no se deba á los herederos de la santa esperanza. Y si cuando vemos á otro hombre, pudiéramos saber que está en gracia de Dios, y pertenece al rebaño de Jesucristo, debiera con su vista apoderarse de nuestro corazon un terror religioso, y postrados en su presencia adorar allí

la infinita magestad del Señor, como en el mas augusto de sus santuarios. Así, señor, vuestra vida, que no ha sido hasta ahora mas que un sueño fugaz, empieza á ser desde hoy una duracion verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habeis comenzado vuestra celestial existencia: cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento, va á llevar al trono de Dios un tributo de valor sobrehumano: vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones mas comunes, todos vuestros movimientos, y hasta vuestros desahogos y reposo van á ser contados y escritos en el indestructible libro de la vida, como acontecimientos destinados á hermosear la historia eterna de los escogidos, á ser objeto de la alegría de los bienaventurados, y asunto de los cánticos de la celestial Jerusalem. Porque nuestro Señor Jesucristo es la vida verdadera, y vos sois ya el sarmiento bendito en que corre y circula la vida de esta vida incorruptible y misteriosa. Si vos no hubiérais hecho otra cosa que asombrar al universo con la gloria de las hazañas mas extraordinarias, vos no seriais ménos muerto y vil á los ojos del Dios vivo; pero ahora porque estais en su gracia, y os aprovechais de los méritos de Jesucristo, todo en vos le es agradable. Sus ojos se complacen hasta en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos le

es indiferente, porque lo que nos parece nada en un justo es mas para su vista que los tronos y los imperios. Todo lo que haréis en adelante, por pequeño é imperceptible que sea, tendrá el mérito de proceder de vos, de vos que acabais de ser lavado en la sangre del Cordero, y que le representais la mas querida y excelente imágen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexion: y es que Jesucristo, este Hijo tan querido del Padre, no solo era un espectáculo grande para el cielo, cuando en el curso de su mision empleaba toda la fuerza de su ministerio; lo era tambien en los dias de su oscuridad, y cuando vivia oculto en la humilde habitacion de María y José, cuando les obedecia con sumision como pudiera el mas pequeño de los niños de Nazareth, cuando con sus manos inocentes y tiernas trabajaba en el taller de un artesano, cuando partia con la mas santa de las madres todos los penosos afanes de la vida doméstica, cuando nadie podia sospechar que la salud eterna reposaba bajo aquel techo humilde, y que aquella pobre estancia, tan poco conocida del mundo, encerraba la esperanza de Israel, la gloria del género humano, y el mas rico tesoro de todo el universo. Cada suspiro del adorable niño que vivia en ella, sin que lo supiese el comun de sus criaturas, salvaba al mundo entero, y preparaba la asombrosa transformacion que debia efec-

tuarse y perfeccionarse poco tiempo despues.

Es muy dulce para mí, señor, poder repetiros verdad tan agradable: ya sois una rama de este tronco precioso, un renuevo de esta raiz de inmortalidad, y todo lo que hagais en esta unidad valdrá para vuestra salud eterna. Insisto sobre este pensamiento, porque es el fondo y la sustancia de nuestra Religion, y no se medita bastante. El divino Maestro nos le presentó con mil formas diferentes en el curso de su predicacion. Parece que queria entónces hacernos entrever esta verdad, reservando su entera manifestacion para los últimos momentos en que debia conversar con los suyos.

Como si fuera su intencion que el mas alto consuelo que jamas se ha descubierto á los hombres, les llegase en la mas amarga circunstancia de su vida, y cuando necesitaban del mayor valor para someterse á la necesidad de ver sufrir y morir á tan amable bienhechor; despues de haberles revelado tan claramente este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, les añade: „Os he dicho „esto para que mi alegría esté en vosotros, y que „vuestro regocijo reciba el último grado de plenitud y perfeccion (1).”

Yo escuchaba estas divinas verdades con un profundo recogimiento, y hubiera querido que es-

(1) Joann. xv. 11.

te tan ilustrado intérprete de los oráculos sagrados no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de la fe, que la tenían en un continuo éxtasis de admiración. ¡O Evangelio divino! me decía yo en mi interior, ¡o inapreciable tesoro de ciencia y de luz! ¿quién puede conocerte sin amarte? ¿cómo es posible que ofreciendo tan inmensas riquezas á los hombres, haya tantos que sean tan infelices que te desconozcan y desestimen? Después de otras muchas reflexiones de esta especie, y otros discursos llenos de unción y fuerza, con que el siervo de Dios me sostenía, se despidió de mí, y se retiró.

Quedé solo, Teodoro; ¡pero qué diferente de mí mismo! Este momento fué el primero de mi vida, en que me ví conmigo á solas sin temor ni sobresalto. Jamas hasta entónces habia podido dar una ojeada á mi corazón sin una secreta displicencia, sin un confuso sentimiento de horror que me forzaba á volver los ojos á otra parte; pero esta vez ya empecé á mirarme sin pena, y en medio de los horrores y delitos que no podia disimularme, veia una dulce y halagüeña esperanza de que estarian perdonados. Mi alma reposaba ya con esta idea. Yo me encontraba como un hombre que por largo tiempo ha cargado un peso superior á sus fuerzas, y que descargándose de un golpe, se siente aliviado y dueño de sus movimientos: mi corazón habia adquirido una nueva

serenidad, mi pecho respiraba sin zozobra, entreveía un porvenir mas tranquilo, y un término á mi vida mas dichoso.

Sobre todo no podia concebir cómo habia estado tan ciego para mirar con tanto horror la confesion, que experimentaba ahora era el único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, dicterios y desprecios con que habia hablado de este saludable sacramento, que no comprendia mi torpe necedad. Lo que me parecia mas ridiculo era, que entónces no podia sufrir la idea de descubrir á un hombre prudente, mi amigo y mi guia, en el secreto de una confianza religiosa, los desórdenes y delitos que veian todos, pues yo no pensaba en esconderme de mis compañeros; ántes al contrario solo me ocupaba la vergüenza de mostrarme mas tímido ó ménos determinado á atropellar las obligaciones mas sagradas, y no respetar nada ni en el cielo ni en la tierra. Todos pues los que eran como yo debian conocerme, y los hombres virtuosos no podian engañarse; pues aun cuando hubiera querido en su presencia afectar el estilo y la compostura de la razon, sola la virtud se parece á sí misma. Su forma y su lenguaje tienen un carácter tan ingenuo, que todos los artificios de la hipocresía nunca acierta á darla un verdadero colorido, ni pueden engañar los ojos de los que saben conocer á los hombres, y mas si los dota el cielo del don de discrecion de espíritus.

A pesar de todo esto yo tenia por cosa ridícula descubrir á un ministro de Dios mis delitos y flaquezas: yo murmuraba con los insensatos de la ley que obliga á los pecadores á revelar á un hombre la vergüenza de su conciencia, y decia como ellos, que este era el escollo terrible, el impracticable artículo de la Religion. ¡Qué ciego estaba yo, y cuánto ellos lo estan! pues no ven que se descubren todos los dias á todo el mundo, y que su conduta habitual es una confesion pública del desórden que reina en su corazon.

¡Quién será tan irracional y tan injusto, que se queje cuando le libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de este medio tan humano y tan dulce! ¡No es Dios nuestro único y soberano bien? ¡No es la felicidad eterna el mas alto y el solo digno objeto de nuestras esperanzas? Aunque para obtener este bien infinito, para recóbrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos, y de cuanto mas queremos en el mundo, y fuera menester meterse en horriblos desiertos; que repitiesen los ecos de las montañas y cavernas el son de nuestros dolientes alaridos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceracion y penitencia, ¡quién podria tubear un momento?

¡Cómo es posible soportar la idea de que una

alma inmortal, una alma que nació por el bautismo destinada á recibir la inefable gloria del que la dió el ser, se vea por su propia culpa víctima indestructible de su cólera? Pero este Padre de misericordias, que conoce el barro de que somos formados, no expone nuestra flaqueza á pruebas que la harian temblar, y se contenta para volver á recibirnos en su seno con una humilde confesion, un amoroso llanto, y una efusion del corazon arrepentido.

¡Y qué, la naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de las aficciones? ¡No es este el alivio de los grandes dolores? ¡No son estos afectos el mayor y mas dulce refugio de nuestra sensibilidad, cuando la affigen las desgracias? Debemos pues conocer que esta sabia y tierna disposicion de la bondad divina en el órden de la gracia y de la vida eterna, es una imitacion visible de la que hace sentir la naturaleza á nuestro corazon, cuando quiere consolarse ó salir de un extremo infortunio.

¡Ay, Teodoro! ¡cómo conozco ahora que los que con tan frívolos pretextos del amor propio quieren justificar la repugnancia de confiar á un ministro de la Religion el triste secreto de sus conciencias, estan tan léjos de Dios como de la razon! Sola una alma inflexible, que no ha experimentado todavía las primeras conmociones del arrepentimiento, podrá escuchar esas rebelio-

nes del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los piés de su hermano y su amigo. Cuando la Religión no se lo mandara, él mismo por instinto de su dolor para desahogar su pecho, y buscar ó consejo ó alivio, volaría á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzaria á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre; pero marcado con un carácter divino, que para aquella funcion le eleva de su propia clase á una especie más alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su union con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundacion de su incorruptible y sublime imperio.

Ay, Teodoro! yo solia en mis necias burlas decir al buen Mariáno, que Dios debe de ser un amo bien exacto y riguroso, pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y miseri-

cordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. Dichoso este dia, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra region, me veo en otro mundo, y mi corazón habita en una mansion cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. A Dios, amigo.

CARTA XXVI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

YA te he contado, Teodoro mio, lo que me aconteció en aquel dia memorable, en que mi inquietud, como lo confio, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino: ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso dia. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que ántes se des-